

Por fin, podemos contar con una historia literaria que rompe con las tradiciones: no intenta seguir la evolución de las letras hispanoamericanas en sus múltiples hilos a la vez, tampoco uniformiza esa materia tan heterogénea con excesiva periodización, sino nos ofrece un prolijo volumen de veinte ensayos elaborados por sendos investigadores. El resultado es un libro manejable que no nos despista con una mar de datos, nombres y fechas, y que tampoco nos adormece con los conocidos párrafos de «relleno» o de algún forzado enlace; es un manual de medida humana y, además, de sólido nivel científico, en las cuales no abunda justamente la crítica latinoamericana.

El éxito de toda historia literaria discontinua y de múltiples criterios depende, al menos, de tres elementos: de la clasificación del fenómeno literario de la época analizada, de la calidad de los estudios panorámicos que introducen las unidades mayores del libro y, finalmente, de la selección de los autores u obras que se tratan en ensayos monográficos. Pasemos revista al cumplimiento de estos tres criterios en el volumen coordinado por Luis Iñigo Madrigal.

El diseño general del libro se reparte de acuerdo con los géneros de la literatura colonial, a saber, se ocupa primero de las crónicas, después de la poesía épica y lírica, a la cual sigue una sección sobre el teatro y otra sobre la novela; las cinco unidades vienen precedidas por una parte introductoria sobre el marco histórico-cultural de la Colonia. Esta división de la materia en géneros nos parece acertada no sólo en cuanto nos ofrece una estructura nítida y funcional, sino también por corresponder debidamente a uno de los aspectos intrínsecos de la literatura colonial: la frecuente asincronía, los desajustes temporales de los distintos géneros. Un repaso sistemático por etapas —siempre ateniéndose a los principios del presente volumen— no habría logrado la mencionada claridad estructural.

Hay dos temas o, si se quiere, géneros menores que —por mucho que no pertenezcan a las corrientes principales de la literatura colonial— habrían merecido dos secciones más: una sobre la prosa de los siglos xvii y xviii, esa riquísima fuente de diarios, apuntes, recuentos de viajes, memorias, obras de

polígrafos o muchas veces de autores no literarios; tal miscelánea de prosa se omite, con razón, en la sección de «Cartas, crónicas y relaciones», y se menciona sólo de paso en la introducción de Jean Franco y en «La novela hispanoamericana colonial». Por otra parte, nos habría gustado ver otra unidad sobre las literaturas precolombinas que, en principio, no pertenecen, por supuesto, a una historia de las letras hispanoamericanas. Sin embargo, por un lado, sí merecen atención especial, considerando su condición de substrato y, por otro, las formas de su supervivencia se entrelazan de una que otra manera con lo hispánico; este último fenómeno —una selva aún inextricable— ha de ser tratado en alguna parte de la presente historia literaria de la América Hispana, y para hacerlo tal vez el primer tomo hubiera sido más adecuado que los venideros.

Los estudios panorámicos del volumen son siete: dos ensayos mayores presentan la época y su vertiente cultural, los restantes cinco trabajos están al frente de los géneros arriba nombrados. Los dos primeros —obra de Manuel Lucena Salmoral y Jean Franco— son vastos y bien estructurados, dándonos una información correcta y sintética; ambos evitan los peligros de una terminología cientifista, de dirigirse sólo a los iniciados y de producir un resumen vaciado.

De los demás trabajos panorámicos se destaca, en primer lugar, el de Walter Mignolo: no cabe duda que sus «Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista» es la mejor pieza del volumen. Tiene la virtud de constituir la primera síntesis del tema principal del siglo *xvi* elaborada con una fundamentación rigurosamente científica y, además, es uno de los pocos trabajos del volumen que no sólo resume los resultados de investigaciones anteriores sino que aporta elementos nuevos a la crítica hispanoamericana. La idea básica de ese estudio monumental —que llena no menos que cincuenta páginas— ya la conocimos de una ponencia previa del autor —publicada en Memoria del XIX Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana: *Texto/contexto en la literatura iberoamericana*, Madrid, 1980—, mas tal elaboración es una verdadera hazaña crítica: merecería publicación aparte.

Nos parece igualmente valioso, pero tal vez menos novedoso, el estudio de Cedomil Goiç sobre «La novela hispanoamericana colonial»: el conocido especialista presenta tan variado fenómeno con envidiable concisión, propone definiciones viables, diseña una tipología transparente y con su entusiasmo y amplio aparato de referencias lleva al lector a las propias fuentes y antecedentes. Lo único que lamentamos es que no se detallase el último grupo de su tipología —obras que muestran diversos grados de relación con la novela—, cuyo análisis dejó el autor para otra oportunidad.

El estudio introductorio menos logrado y más discutible versa sobre la lírica colonial. Nuestras objeciones son las siguientes: la clasificación que nos propone Emilio Carilla —lírica renacentista, manierista, barroca, rococó, neoclásica— es un traje en el cual simplemente no cabe el cuerpo irregular de la poesía hispanoamericana de los siglos *xvi*, *xvii* y *xviii*; el autor presupone una evolución proporcionada, balanceada y orgánica donde nosotros vemos lagunas, desajustes y supervivencias duraderas; Carilla, por otra parte, adolece en su ensayo de una argumentación inconsistente sobre los puntos discutibles —ver, por ejemplo, los párrafos que intentan probar el carácter manierista de *El Bernardo* de Balbuena, pág. 255— y llena muchas páginas de generalizaciones, rodeos, datos biográficos de los poetas: lo que queda no es sino una articulación endeble.

Los trabajos de Pedro Piñero Ramírez y de Kathleen Shelly y Grínor Rojo son bien estructurados, precisos, informativos; tal vez el estudio panorámico del

teatro colonial sea más logrado que el de la épica por su espíritu crítico muy profundo que penetra toda la presentación del tema.

La selección de los autores que fueron tratados en ensayos individuales, en general, puede considerarse justificada. Estamos de acuerdo con destacar a Las Casas, Díaz del Castillo, Garcilaso, Juan Rodríguez Freile y Alonso Carrió de la Vándera en la sección de «Cartas, crónicas y relaciones»; esta lista no sólo muestra los puntos gravitantes del género, sino su paulatina transformación también. En la parte sobre la épica colonial se detalló con razón la obra de Ercilla, Castellanos, Balbuena y Hojeda; de entre los líricos merecieron tratamiento monográfico tan sólo Sor Juana Inés de la Cruz y Juan del Valle Caviedes; fue un acierto añadir un ensayo sobre el romance, tema que se omite con frecuencia en los manuales; finalmente, se presenta una sola figura del teatro colonial —Juan Ruiz de Alarcón— y ninguna de la novela. Hay nombres, naturalmente, que el lector de esta historia literaria puede reclamar: personalmente, me habría gustado ver estudios, por ejemplo, sobre Núñez Cabeza de Vaca, Bernardino de Sahagún, González de Esclava, Juan Pérez Ramírez, Sigüenza y Góngora, Peralta y Barnuevo, para nombrar algunas figuras de importancia. Pero admitamos que la lista del coordinador L. Iñigo Madrigal es representativa, no incluye sorpresas negativas y tampoco tiene omisiones imperdonables; en el caso del teatro y de la novela se suponen dificultades de organización más que de un silencio intencional. Repeticiones sí hay; parte de ellas es inevitable en una historia literaria como la presente, por una buena cantidad nos parece exagerada —p. ej. la vida de Sor Juana se cuenta tres veces, págs. 47-48, 263, 275-278— y debiera podarse en una segunda edición: ahí están los índices para orientar al lector.

El análisis de los tres criterios, en resumen, no puede sino subrayar que —a pesar de uno que otro punto débil— esta historia literaria logra presentar las letras coloniales en alto nivel y en una forma manejable. Los objetivos que se proponen en la solapa del volumen se cumplen casi todos: el libro es útil para la consulta parcial y también para la lectura continua; sirve tanto para el público experto como para el lector común; a pesar de los múltiples criterios historiográficos, prevalece en general el rigor científico. El único principio de la presentación del libro que no nos parece cumplido es que en la mayoría de los ensayos no se nos dan planteamientos nuevos, ni «investigaciones básicas y propedéuticas», sino más bien resúmenes y síntesis de trabajos conocidos y anteriormente realizados —ver, por ejemplo, los siguientes temas: la cultura hispanoamericana, Fray Bartolomé de Las Casas, Bernal Díaz del Castillo, Juan de Castellanos, la poesía barroca, los cuales casi «rigen» los nombres de Jean Franco, André Saint-Lu, Manuel Alvar, Giovanni Meo-Zilio, Emilio-Carilla, respectivamente—. Tal vez en los volúmenes siguientes de esta historia literaria será más fácil aportar novedades no sólo en la organización de la materia sino en el contenido también, dado que los siglos XIX y XX siempre atraen más investigadores que la Colonia.

Con todo eso, merece grandes elogios la casa editorial Cátedra así como el coordinador del volumen, Luis Iñigo Madrigal, por haber iniciado la publicación de una historia literaria hispanoamericana en bases no tradicionales. El primer volumen es un éxito: es el mejor manual que se ofrece hoy sobre la Colonia. Esperamos la continuación.

LASZLÓ SCHOLZ
Universidad Eötvös Loránd
Budapest